

La Prensa

FUNDADO EN 1980

Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

PRESIDENTE
Fernando BerguidoPRESIDENTE FUNDADOR
Roberto Eisenmann Jr.
DIRECTORES EMÉRITOS
Winston Robles Chiarí
Guillermo Sánchez BorbónDIRECTORA
Siaska S. Salcedo S.SUBDIRECTORES
Rolando Rodríguez B.
Lourdes de ObaldíaEDITORES
Cecilia Fonseca, Víctor D. Torres (Jefatura de información), Rita Vázquez (Fin de semana), Juan Luis Batista (Política), Zoraida Chong (Sociedad), Elizabeth Garrido (Judiciales), Mileika Bernal (Nacionales), Rafael Calvo (Deportes), Yasmína Reyes (Mundo), Diego Quijano (Negocios), Flor Mizrahi (Vivir*), Víctor Arosemena (Fotografía), Liz Carrasco (Opinión-Defensora del Lector), Luzmila de Flamarique (Corrección)GERENTE GENERAL
Carlos Rabat L.

GERENTES: María E. de García de Paredes (Finanzas), Irma de Real (Comercialización), Juan Carlos Planells (Tecnología), Bernardina de Mariño (Ventas), Basilio Fernández (Operaciones)

La opinión de La Prensa se expresa únicamente en el Hoy por Hoy. Los artículos de opinión y las caricaturas son responsabilidad exclusiva de los autores.

REDACCIÓN: 323-7391 - PUBLICIDAD: 323-7400
ADMINISTRACIÓN: 221-7537 - SUSCRIPCIONES: 222-1222 - SUPLEMENTOS: 323-7264

[OPINIÓN DE VIC]



TENDENCIAS IDEOLÓGICAS

La última oportunidad

Giancarlo Candanedo
opinion@prensa.com

Encontrarnos inmersos en un ambiente político electoral hace propicia la ocasión para que nos cuestionemos sobre las tendencias ideológicas en nuestro país. De vez en cuando escuchamos que uno u otro candidato es de izquierda o derecha, pero ¿en qué consiste la izquierda y la derecha?, ¿existe esta clasificación en Panamá?, ¿es beneficioso un actuar netamente ideológico en nuestro país?

A la primera pregunta he llegado a la conclusión de que los términos izquierda y derecha son simplemente obsoletos políticamente hablando, por lo menos en Panamá. Se relaciona a la izquierda con términos como progresismo, justicia social, multiculturalidad, laicismo; mientras que a la derecha con libertad individual, patriotismo, libre mercado, conservadurismo,

valores.

¿Qué partido político en Panamá tiene tan claramente establecidas estas características? Quizá ninguno, aunque formen parte de asociaciones políticas internacionales o tengan sus respectivas declaraciones de principios y valores partidistas.

Algunos partidos en nuestro país no tienen ni principios ni valores y se mueven de acuerdo a los intereses económicos y personales de sus cuasi-dirigentes, tal y como pudimos observar recientemente con algunos miembros del partido Molirena. Otros son considerados como una empresa familiar sin ideología determinada.

En Panamá vivimos una multiculturalidad desde el nacimiento de la República, el gobierno lo dirigen laicos, se promueve la libertad individual, vivimos el patriotismo y los valores cívicos y morales. De aquí la respuesta a la segunda pregunta, no creo que esta clasificación sea aplicable a Panamá.

Gobernar basados exclusivamente en ideologías implica –en ocasiones– condenar a los que no piensan del mismo modo, en problemas que son, por su propia naturaleza, susceptibles de recibir numerosas y diversas soluciones. Generalmente, cuando se gobierna o se tiene un pensamiento estrictamente ideológico, descalificamos automáticamente las propuestas de aquellos que no comparten nuestro criterio. En resumen, lejos de promover la unidad del país, en ocasiones lo que se promueve mediante el actuar ideológico es un irrespeto



Algunos carecen de principios y valores, se mueven de acuerdo a los intereses económicos y personales de sus cuasi-dirigentes.

a la libertad de pensamiento y expresión de los ciudadanos, un irrespeto a la democracia.

Panamá necesita ser dirigido y reencaminado con una visión de país, de Estado unitario, libre y democrático en donde se respeten los valores, la dignidad de las personas y la institución de la familia, célula principal de toda sociedad. Nuestro país necesita de hombres y mujeres que lideren con vocación de servicio y sacrificio y que lo hayan demostrado con hechos; que utilicen los recursos del Estado con criterio social, no con criterio político partidista.

En medio de la crisis financiera mundial, hoy por hoy somos uno de los primeros países en crecimiento económico. Sin embargo, poco importan estas cifras que representan un mal entendido éxito gubernamental, porque mientras exista pobreza extrema, niños muriendo de hambre, con índices de escolaridad ínfimos; mientras exista tanta desigualdad social, estaremos perdiendo la batalla.

Esta batalla se gana con una educación de calidad, con esfuerzo, con trabajo bien hecho, con una visión a largo plazo y no con la típica visión cortoplacista complaciente con el apetito político y económico de los que se codean con el poder gubernamental. Aún estamos a tiempo frente a las elecciones generales del 3 de mayo, de evaluar a conciencia los programas de gobierno que presenten las distintas fuerzas políticas del país.

Tenemos la única y quizá última oportunidad de reconstruir los cimientos de la nación, escogiendo a un equipo de hombres y mujeres que se comprometan a esta misión. No les perdamos de vista y exijamos propuestas, seriedad, responsabilidad, madurez y compromiso con Panamá, no con obvias ambiciones personales o caducas ideologías importadas y alejadas de nuestra realidad nacional.

EL AUTOR
es abogado

PELIGRO ECOLÓGICO

Angurria minera

Milciades Pinzón Rodríguez
opinion@prensa.com

“Fulano es un angurrieto”, la expresión la escuché en mis días de infancia en Bella Vista de Guararé.

Creo que fue Isaías Chía Vázquez, uno de tantos santeños laboriosos que ya abandonó este mundo, quien la usaba con frecuencia. Con ello mi paisano quería decir que zutano era un avariento, un ser insaciable que cree que toda la riqueza del mundo ha de ser para él. Porque no falta quien haga de su vida un templo a la codicia.

Esta remembranza del vocablo viene a propósito de la conducta angurrieta que observo en los mineros istmeños; y no me refiero al campesino que labora en Cañazas o al que soñó con ganarse unos reales en Cerro Quema. Hago alusión a aquellos “monos gordos” que no reparan en destruir bosques, ríos, anima-

les, gentes o cualesquiera otra “minucia” que se interponga a su aurífera voracidad.

Tal vez el término ha caído en desuso o ya no tiene el interés que antaño le dispensó el hombre interiorano, pero hay que prestar atención a esa deleznable avaricia que se ha apoderado del país.

A propósito, por allí sobreviven algunos políticos angurrientos que si los dejamos harán causa común con los mineros para desvalijar las arcas del Estado y la ecología nacional. Ante el fenómeno de marras habría que plantear algunas hipótesis para ver si explicamos tamaña deshumanización, quizás atribuible al brillo del oro o el retintín de las monedas (“Túrbalos San Jacinto”). Se me ocurre, igualmente, que acaso los efluvios del cianuro habrán alterado las neuronas cerebrales y generado una devoción por el oro que rebasa con creces la veneración al Jesús Nazareno de

La Atalaya o al Cristo Negro de Portobelo.

También he desechado la hipótesis de que sea un asunto genético, porque solo de imaginarme las implicaciones de ello se me “espeluca” el cuerpo. Esta angurria minera quiera Dios que tampoco sea una enfermedad contagiosa, porque todo ello sería catastrófico para el país. Curioso, porque al parecer este raro padecimiento es de tipo dual. Mire usted que la devoción por el oro viene acompañada de una obsesión por la tierra. En Cerro Quema, por ejemplo, quieren “explorar” algo más de 102 mil hectáreas de tierra. Algo así como la creación de un potrero gigantesco enclavado sobre la cordillera del Canajagua; desde Las Minas al austral distrito de Pedasí. Y ya por allí están solicitando 2 millones de hectáreas adicionales en tierras nacionales.

La angurria minera es un espanto, tal vez una maldición como la que recayó sobre la

tepesa, la vieja leyenda amazónica que aún recorre los campos nacionales. Al parecer estamos ante un maleficio que se ensaña sobre “Panamá la verde”, la misma que describiera el novelista español don Vicente Blasco Ibáñez. Así es, como parásito sobre el cuerpo sano de nuestro istmo, los mineros avarientos recorren a argucias semánticas para disimular sus aviesos intereses mercuriales. “No hay tal angurria”, contestarán, “estamos preocupados sobre la sostenibilidad ambiental. Donde usted, pobre orejano, mira el brillo del oro nosotros vemos la posibilidad de generar empleo y sacar del abandono a los depauperados hombres del campo. En un país como el nuestro es inconcebible que la pobreza siga acostada sobre un lecho de auríferos resplandores”.

Yo les escucho, pero algo me dice que mienten y sigo creyendo que son unos angurrientos. Pienso que hay que encontrar algún antídoto contra estos insólitos

males. Quizás con algún tipo de terapia: escuchando el murmullo del agua en un arroyuelo serrano, mirando las piruetas que realizan los morachos sobre los cascajales del río o tal vez sentados con pose de Buda minero, meditando mientras en lontananza se oculta el sol. La verdad, yo no sé, pero me preocupa este síndrome istmeño que deshumaniza y corroe el alma de la patria.

Mucho agradeceré, amigo lector, que usted reflexione sobre la temática y trate de encontrar la alternativa para superar esta espantosa angurria minera. Es urgente, no vaya a ser que este mal, al parecer contagioso, se apodere del cuerpo social y terminemos todos en una tina de lixiviación nacional. No hay derecho, tome sus precauciones, hágale un favor al país y denuncie el menor brote de angurria minera.

EL AUTOR
es sociólogo